

Perspectiva *de Clase*

SUPLEMENTO ESPECIAL: CRISIS FINANCIERA MUNDIAL

NOVIEMBRE 2008

ESTADO, CAPITAL Y COMPETENCIA ¿HA MUERTO EL LIBERALISMO FINANCIERO?

por Hugo Azcurra



I

Mercado y Estado

La crisis económico-financiera en la que está inmersa la sociedad capitalista ha desplegado una enorme producción de enfoques, interpretaciones, descripciones, en notas, artículos, entrevistas a economistas y funcionarios en búsqueda de explicaciones y previsiones que permitan avizorar una luz en el fondo del túnel. Uno de los ámbitos en que parece desarrollarse los comentarios, debates e ideas es el de examinar los acontecimientos como el de un antagonismo entre un neoliberalismo, que habría mostrado su *irracionalidad* y lo perjudicial de su absurda práctica de “libertad” de los mercados, y la *racionalidad*, prudencia y estabilidad que supondrían los controles estatales en el funcionamiento de la movilidad mundial del capital. De manera que la controversia sobre el mejor funcionamiento de la economía se sitúa entre Mercado y Estado, y los grados de responsabilidad social que a cada uno le correspondería cuando al primero se lo libera de toda supervisión del segundo y se le permitiera operar “salvajemente” como en sus inicios históricos.

Esta contraposición, sin embargo, no es un antagonismo real sino una oposición ideológica dentro de la propia cosmovisión de la sociedad burguesa, que muestra sí tensiones de aquél, pero desde la cual sería falso partir para explicar la crisis actual cuando es lo que en rigor debe ser explicado. Antagonismo y oposición se parecen pero no son iguales. Uno es un fundamento objetivo real la otra es proceso objetivo formal. La oposición formal, Estado versus Mercado, remite al antagonismo real, que como fundamento de la estructura social alude al modo de producción del capital, entre una colosal socialización de las actividades productivas y de servicio y una cada vez mayor (y no menos colosal) apropiación-expropiación por el capital, en esta etapa financiera-monopolista, en su carácter de propietario privado de aquellas fuerzas sociales.

- Liberalismo financiero

La oposición se presenta y difunde, bajo aquella formalidad como “neoliberalismo” en tanto expresión ideológica de los mercados enfrentada a las “regulaciones” como expresión de la injerencia exógena y contraproducente del Estado. Pero el concepto básico de la expresión neoliberalismo, tan de moda desde hace años, es el de “liberalismo”. Esta modalidad ideológica, económica y política fue bandera de combate de la burguesía industrial en su enfrentamiento con las formas feudales y los poderes de la nobleza y de la monarquía en esa etapa en que se abrió paso el *modo de producción específicamente capitalista* en la Europa de los siglos XVII y XVIII. La consigna “*laissez faire, laissez passer; le monde va de lui-même* » exigía libre competencia sin obstáculos de naturaleza alguna, eliminación de cualquier intromisión del Estado (Monárquico), supresión de todo monopolio (feudal), para favorecer el desarrollo del capital industrial. Se trataba, pues, de un “*liberalismo industrial*”. La Revolución Francesa abrió toda una época en Europa de confrontaciones políticas de clase entre una nobleza definitivamente declinante y una burguesía industrial ascendente que marchaba

hacia el pleno dominio de la sociedad al mismo tiempo que la transformaba.

Vertiginosa marcha y no menos vertiginoso triunfo que superó su etapa de maquinismo y gran industria para acceder a las formas monopólicas de la producción a la par que de expansión de los mercados constituyendo el surgimiento de una nueva forma histórica de dominio del capital: el monopolio financiero. Concentración y acumulación de capital, centralización de la propiedad, monopolios en competencia agresiva, difusión mundial de estos, dominio del capital ficticio, etc. Mercado dejó de ser sinónimo de “libre competencia” y se transformó en monopolio. Luego de la crisis de los años 30 del siglo pasado y de la aparición del Estado como estabilizador de las fluctuaciones y de la desocupación, por tanto de su intervención en la economía, las consignas básicas de la ideología liberal “resurgen” del letargo que sufriera entre 1945-1975. El capitalismo había cambiado: el capital en su forma de imperialismo financiero exigía desregulación y eliminación de trabas institucionales y estatales; mantenimiento de la rivalidad competitiva de los monopolios (privados); mejoras en las condiciones de desenvolvimiento del capital ficticio, etc. exigencias, necesidades que hoy sólo la expresión “*liberalismo financiero*” puede ser su fiel reflejo y no la de “neoliberalismo” que engañosamente y anacrónicamente aludiría a concurrencial, que como se ve borra diferencias históricas y especificaciones concretas de dominio del capital. Aquella expresión en toda su candidez y fácil difusión esconde más de lo que muestra: no es el “resurgimiento” de un liberalismo empedernido y anticuado, no es tampoco el empecinamiento de unos fanáticos (economistas, empresarios, funcionarios gubernamentales, etc.) que no “aprenden”, es la exigencia y la imposición de lo “financiero” que no explícita pero que lo sostiene y fundamenta. ***Liberalismo financiero, pues, y no neoliberalismo.***

Pero además esta rabiosa ofensiva del liberalismo financiero contra las regulaciones de los mercados y la supervisión del Estado, jamás fue sinónimo de recuperación de una doctrina rigurosa en sus fundamentos que restableciera la adecuación del movimiento real del capital con su expresión teórica como fiel reflejo de una economía capitalista “sana”. Se trató siempre de una doctrina geopolítica de dominación mundial por parte de los países centrales, en especial de los EE.UU., hacia el mundo periférico. Se elaboró una estrategia denominada Consenso de Washington que creó instrumentos (Grupo de los 7) y aprovechó otros existentes en la órbita de las Naciones Unidas (FMI; Banco Mundial; OMC) para implementarla y subordinar al resto del mundo. La crítica económica sería ya ha determinado la carencia de toda rigurosidad teórica y de la falsedad de argumentos de la doctrina como para ser aceptada por sus inexistentes bondades de conocimiento como de explicación.

Y no obstante en sus carencias, falsedades y oposición formal existe una referencia al antagonismo real que la sostiene en el imaginario ideológico-social creado y difundido por la economía vulgar. Mercado alude a ***Competencia***, regulación a ***Estado***, y ambos descansan sobre el ***Capital***. Lo cual conduce a examinar a todos ellos en sus mutuas relaciones reales. La crisis muestra, pues, la aparición de un conflicto entre todos ellos que en lo inmediato señalaría una

derrota de la ofensiva que por décadas llevara a cabo el Capital, como liberalismo financiero, *contra su propio Estado*, el que tendería a comportarse cada vez más como un capitalista colectivo, como un representante del conjunto de la clase burguesa y no de una de sus fracciones. Ante la desestabilización a la que somete el imperialismo financiero especulativo a la sociedad toda, surgiría la cordura puesta por el Estado como institución suprema del cuerpo social. ¿Qué tipo de relaciones mantienen entre sí capital, competencia y Estado burgués?

II

Capital, Estado y competencia

Las formas competitivas constituyen, en general, la modalidad en que el capital, establece su predominio como modo de producción ante cu al es qu ie ra o t r a s f o r m a c i o n e s s o c i o - e c o n ó m i c a s ; p l a n t e a , e x i g e y t e r m i n a imponiendo la eliminación de todo tipo de trabas y obstáculos como sinónimos de atraso y perjuicio para el progreso y la libertad. La competencia muestra la multiplicidad del capital en sus mutuas recíprocas relaciones, ya que él no puede existir sino como muchos capitales, por lo que en rigor lo que hace aquella es imponer como ley obligatoria para cada capital individual las leyes internas del capital como un todo, es la naturaleza esencial del capital, es su determinación como autodeterminación. La competencia, pues, se erige en motor esencial de la economía del capital, y pone en práctica sus leyes (explotación, valorización, acumulación), adquiriendo carácter de oxígeno vital de la existencia del capital y de su funcionamiento.

Esto es lo que la burguesía y los economistas vulgares toman en el nivel doctrinario como un principio universal de toda economía bajo la llamada “*ideología o doctrina liberal*” en sus diversas modalidades: “liberalismo clásico”; “conservadorismo liberal”; “neoliberalismo”, etc. y que sus instituciones sostienen como un dogma bíblico. Por esta razón, pues, el capital y las clases empresariales se oponen y combaten la intervención económica del Estado, aunque se trate de “su” Estado. No hay teoría ni argumentación científica alguna que la convenza de que el Estado extienda su actividad de regulación económica, ni siquiera señalando lo importante que es su función de estabilizador al administrar la demanda del gasto estatal con finalidades anticíclicas, de aumentar la ocupación de la mano de obra, de reactivar la inversión, las ventas y las ganancias del capital privado. Las instituciones políticas, económicas y sociales del capital en los países centrales luchan con toda su fuerza contra esta realidad que es la intervención del Estado en la economía y su propiedad de medios de producción y esa ideología la imponen al resto del mundo.

Estado y competencia

No obstante, esta denodada acción del capital privado se acompaña de otra opuesta y no menos real. El propio capital y sus burguesías demandan, exigen y ven con buenos ojos y razones, cuando crisis, quiebras, o la realización de pingües negocios lo requiera, que el Estado intervenga con políticas de “nacionalizaciones” o “estatizaciones” para alcanzar a “equilibrar” la situación económica y limpiarla de sus “excesos”, sin que además se muestren

disconformes por la continua injerencia de aquél cuando en sus abultados presupuestos se convoca al capital privado para sus suministros, cuando la Banca Pública concede créditos subsidiados o permite la evasión de sumas millonarias en concepto de ganancias.

¡Paradoja! Ambos momentos son reales y actuantes. Cuando el movimiento del capital transita una etapa ascendente, de reanimación, expansión, boom, hasta alcanzar la cima del auge, rechaza enfáticamente toda “intromisión” estatal, más cuando como ahora se trata del capital imperialista financiero. Cuando, desbordado por el proceso de acumulación y la especulación consecuente el capital estalla en una crisis y se abre una época de desequilibrios, quiebras, depresión y conflictividad social, una sola voz se alza: ¡intervención del Estado!, ¡los “poderes públicos” deben poner límites y reestablecer el equilibrio económico y la armonía social!. Luego de la segunda guerra mundial el Estado adoptó formas estables de intervención y políticas económicas de planeación, demandadas y aceptadas hasta salir de la etapa de reconstrucción mundial. Hacia fines de la década del 70 “reapareció” la ofensiva del liberalismo doctrinario ya transformado en liberalismo financiero pero difundido y conocido “urbi et orbe” como neoliberalismo. La expansión de la acción estatal y la competencia que ésta crea en el mismo momento en que actúa como complemento compensatorio de sus inestabilidades intrínsecas, hacen que se presenten de nuevo las tendencias agresivas anti-estatales apuntando a su burocracia, corrupción, anquilosamiento, etc. y sobre todo a lo indebido que es el que se ocupe mal de lo que el capital privado hace bien (!?)

Pues bien el fundamento real de tales posturas reside en aquel antagonismo que hemos aludido. Más de 50 años de crecimiento capitalista, que aún con ciclos, ha logrado un fabuloso desarrollo de las fuerzas productivas, muestra que ellas han

alcanzado las fronteras dentro del capital mismo y que las limitaciones con las que tropieza ahora no son las antiguas (Monarquía, corporaciones, privilegios, proteccionismo, etc.) son aquellas que él mismo ha creado y ya no puede administrar en su condición de propiedad privada (planeación de mercados; economía de Estado; concentración monopólica; corporaciones empresariales; corporaciones, sindicales; gestión social del capital; controles públicos de producción; etc.). Lo que sucede es una creciente coacción estructural del capitalismo a reconocer la naturaleza cada vez más social de la producción, circulación y consumo del capital, siendo esto lo que aparece como exigencia de estatismo o nacionalizaciones por parte de la clase burguesa misma, es decir a tratar como fuerzas productivas colectivas lo que todavía es de carácter privado. Esto, por supuesto, dentro de la propia sociedad burguesa y en lo que ella hace posible.

Crisis como la actual, su profundidad, su duración, sus características, empujan a que las formas estatales de intervención sean necesarias y estables y a que el propio capital privado se transforme más y más en producción y gestión asociada, es decir, en los hechos, excluyendo la explotación bajo la forma capitalista típica de apropiación. Necesarias porque surgen del proceso mismo del movimiento del capital y no de directivas o deseos individuales de empresarios, funcionarios o políticos. Esta es la base amor-odio del *capital-competencia* versus *Estado-regulación* que aparece como neoliberalismo o estatismo, o bien como Mercado o Estado. La burguesía imperialista es entonces una clase que mantiene una relación conflictiva con su propio Estado, es la lucha de ella consigo misma y de su capacidad, nunca desmentida, de desarrollar el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas sociales hasta ponerlas fuera de su propio cauce de administración. Es una relación del capital consigo mismo y sus tendencias inmanentes a la

eliminación completa de la multiplicidad en pro de una unidad de monopolio que no podrá verificarse jamás porque no puede existir ni tampoco pensarse de modo riguroso el capital sin competencia en cualquiera de sus variantes modernas: duopólicas, oligopólicas, etc.

Pero con todo, ninguna ampliación de la intervención del Estado, **ninguna transformación cada vez más social por oposición a lo privado de la producción y circulación, elimina la propiedad del capital sobre el conjunto económico y social.**

El Estado sigue siendo un Estado de clase, de ahí que toda política ante esta crisis sea “salvar” al capital financiero haciendo que pague la sociedad que trabaja no castigando las clases que especulan y producen estos gigantescos latrocinios. Se exacerba, cierto es, el antagonismo real, pero si bien se crean las condiciones socio-económicas cada vez más visibles y cercanas para el cambio, sólo una rebelión política de la sociedad hará que se vuelva tangible la superación del capital y de su acción depredadora. No hay cambio evolutivo por condiciones puramente económicas, pero sin éste sería imposible el cambio político.

En conclusión una vez pasada la situación crítica actual que verá un paso adelante en la política de regulación sobre el capital financiero, por lo mismo la certeza de un mayor desplazamiento del capital en la economía por el Estado retomando, quizás dentro de varios años o lustros, la senda de crecimiento con un nuevo acuerdo internacional y nuevas reglas de juego mundial, la burguesía y sus adláteres reaparecerán y volverán por sus fueros con nuevos bríos y argumentos haciendo flamear nuevamente la bandera ideológica y la práctica del *liberalismo financiero*. Para que muera debe morir el sistema que lo sostiene y le da sentido.



CRISIS DE UN RELATO

Fernando Hugo Azcurra

Todo suceso de crisis social y política, entre otras consecuencias, pone o descubre con nitidez, concepciones, posiciones e ideas de clases que se defienden o atacan, más allá de la conciencia que los propios interesados puedan tener. Se trata de una objetividad puesta en y por ellas y no de lo que “crean” quienes las sostienen. En estos momentos de la crisis económico-financiera del capitalismo que se está desarrollando a ojos vista pululan las interpretaciones sobre causas y origen de la misma que se despliegan como una catarata que ahoga el análisis crítico por opiniones rápidas e insustanciales pero a veces sí periódicamente efectivas.

Hay en circulación ciertos discursos pseudoprogresistas de izquierda que apelan a la literatura y se refieren a esta crisis bajo la modalidad de un “relato”. El relato dice que cada crisis es diferente una de otra: no hay nada sistémico. Ninguna crisis es inevitable. En las crisis del capitalismo no hay sujeto real, lo único son sucesos *no predeterminados*, cada crisis es diferente una de otra pues “... es la resultante compleja de una encadenamiento de decisiones de política económica, a su vez producto de la dinámica del conflicto de clases y de sus relaciones de fuerzas”. Ahora bien todas las crisis del capitalismo son las resultantes complejas de decisiones políticas y económicas. Desde la de 1815, año en que aparece la primera crisis, y para no fatigar al lector con las ocurridas entre ese año y hoy, digamos que en estos últimos 35 años se produjeron crisis en 1974-75; 1981-82; 1987; 1991; 1994; 1997; 2001 y la actual 2008, de diferentes orígenes, intensidad y duración, refiriéndolas a errores, omisiones, irresponsabilidad, corrupción, *encadenamiento de decisiones de política económica*, etc.

Se pretende que nada hay predeterminado en la sociedad y en la historia pero ¿para qué si no habría un capítulo especial de la teoría económica bajo el rubro de “teoría del ciclo”? con ella se busca dar con una explicación rigurosa referida al comportamiento del capital y no hacer una “relato literario” afirmando que cada crisis es diferente y “*resultante compleja*” de diversos encadenamientos. ¿Quién podría negar que en su *forma de manifestación empírica* cada crisis tenga elementos y componentes que las hacen diferentes a una de otra? Pero la economía teórica busca dar con el núcleo legal que vincula a cada una de ellas, es decir, busca explicar y no “relatar” o describir, el comportamiento cíclico del capital. De lo contrario ¿para que una economía científica?

No es difícil señalar que estas posiciones parten, quizás inadvertidamente, de concebir que el sistema burgués pone como libres a los individuos cuando en realidad pone libre al capital. Claro es que el capital existe y sólo puede existir como multiplicidad de capitales, por lo que su determinación es el resultado de la acción conjunta y recíproca de los mismos entre sí, lo que genera su comportamiento y existencia como unidad: es la unidad de la multiplicidad. He aquí el sujeto real. Que no es un relato, que no es una descripción, que no es una predeterminación sino una autodeterminación real. Y los individuos que administran los diversos capitales y la sociedad del capital lo muestran crudamente. Ante los sucesivos estallidos (todos diferentes) en los años antes mencionados en los EE.UU. hubo alertas, pedidos y hasta actitudes de algunos funcionarios que señalaban los peligros de las decisiones especulativas del capital financiero y su probable impacto en la economía productiva, pero que nunca fueron aceptados. Robert E. Rubin ex - Secretario del Tesoro dice: “*todas las fuerzas del mercado estaban contra eso*” (la supervisión de la FED, los controles y las regulaciones). *No existía posibilidad alguna de movilizar a la opinión pública*” en pro de una política

opuesta. Alan Greenspan ex Director General de la FED afirmaba sin dudar que “*no hay nada en la regulación federal per se que la haga superior a la regulación del mercado*” señalando que era extremadamente remota la posibilidad del surgimiento de una crisis y como “*el manejo del riesgo nunca puede alcanzar la perfección... porque el riesgo es parte de la vida*” entonces “*los gobiernos y los bancos centrales no podrían haber alterado el rumbo del boom*”. Claro está: Rubin y Greenspan hablan con el lenguaje propio de los negocios y se refieren a “los mercados” y no al capital, hablan por éste aunque no lo sepan, pero muestran sí que se comportan como funcionarios que toman decisiones en su nombre.

No ubicar el problema en estos términos es negarse a comprender que, entre otros aspectos de importancia, el debate sobre esta crisis debe ser llevado en la lucha político-ideológica al punto que cuestione el funcionamiento del capital y su responsabilidad institucional al poner, nuevamente, a toda la sociedad en zozobra y usando el capital social para salvar el capital privado. Es una consigna mayor de clase. Esto es lo decisivo y no hacerlo es eliminar de hecho el *fundamento último* de estas crisis exculpando al capital y a sus administradores, poniendo por delante todo tipo de pretendidas causas inmediatas “diferentes” e inevitables. No se trata de un debate filosófico sobre Teoría de la Historia, se trata de una toma de posición de clase inmediata, no de planteos “socialistas” para salir de la crisis en los que nadie ha pensado porque no está en el curso real de estos acontecimientos en ningún país, pero sí, por ejemplo, enjuiciar funcionarios, embargar sus propiedades personales y tomar medidas de regulación que son todas practicables dentro del capitalismo mismo sin que esto tenga nada de comunismo o socialismo aunque los gobiernos y los medios se asusten de ello y asusten con ello.

Pero véase la solución “realista”, ¿no socialista ni comunista claro está! que el autor propone a los trabajadores norteamericanos y sectores populares: “*Las soluciones reales, sin embargo, las menos dolorosas para los sectores populares, podrían paradójicamente ser el rescate de los grupos financieros ‘sistémicos’ de los cuales depende la suerte del conjunto de la economía norteamericana para evitar mayores impactos sobre el empleo y los ingresos*”. En otras palabras para los pueblos del mundo lo mejor que le puede pasar es que el capitalismo no se hunda, que los granujas y bribones sean salvados y sus funcionarios públicos y privados sean recompensados, como efectivamente lo son, por apropiarse y expropiar a la sociedad toda en favor del capital con “*...los enormes costos sociales y económicos*” para esa misma población, que es “*Lo único que sabemos con certeza*”. ¡Notable! La crisis no era inevitable, pero lo inevitable sí son los “*...enormes costos sociales y económicos*” para todas las poblaciones de manera que ¡apoyemos al capital financiero, apoyemos a los verdugos; apoyemos a los delincuentes ya que así tendremos empleos e ingresos asegurados!

¿No es éste acaso un discurso pro-burgués y pro-capital? Es lo mismo que el autor les hubiera dicho, o quizás les diga, a los trabajadores que lo mejor que les puede suceder en la lucha económica que desde siglos sostiene contra el capital, es no unirse en sindicatos, que no hagan huelga por sus derechos, ya que de esa manera se exponen al despido y la miseria: *¡carecerán de empleo y de ingresos!* De modo que por una “política realista” deben resignar sus objetivos mayores de subvertir el sistema y también los menores que es arrancarles lo que nunca darán por propia iniciativa los capitalistas, ¡caramba el sistema no es tan malo como se cree! A esto se llega cuando quien sostiene estos argumentos se cree muy listo y más astuto que la realidad política de clases cruda y frontal, pasándose del materialismo al pragmatismo.

Octubre 2008.

Esta nota fue escrita como contestación a un texto de Fabián Amico, “Relatos sobre la crisis del

Imperio” que reproducimos a continuación

Conflicto de clases y debacle económica de EE.UU. Relatos sobre la crisis del Imperio

Fabián Amico

Estados Unidos arrastró una baja tasa de crecimiento en todos los años 2000 y culmina con una fuerte desaceleración a fin de 2007. Es la tasa de crecimiento promedio más baja de toda la posguerra, en cuyo lapso se produce un fuerte aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso, con enorme concentración en la cúspide del poder. En años recientes, la participación de los trabajadores en el ingreso disminuyó y hubo un bajísimo crecimiento de los salarios reales, especialmente de los menos calificados.

Varios factores explican la fuerte reducción del poder de negociación de los trabajadores norteamericanos. Primero, el enorme aumento de los inmigrantes legales e ilegales (más de la mitad del crecimiento de la fuerza de trabajo entre 1995 y 2005 estuvo constituido por nuevos inmigrantes). Luego, la creciente apertura importadora, que produce (o amenaza con) desempleo, y las constantes amenazas de relocalización de fabricas americanas en países de costos salariales menores. Tercero, la reducción del poder y de representación de los sindicatos desde el gobierno de Reagan. Por último, la pérdida de valor real del salario mínimo que pasó una década sin reajuste nominal (entre 1997 y 2007), el más largo período sin reajuste nominal de su historia. Por estas razones, el salario real promedio entre 2000 y 2007 apenas creció un 3% mientras que productividad aumentó aproximadamente un 20%. La contrapartida fue el reforzamiento del poder de negociación de las clases empresarias. Las escasas regulaciones brindaron a las empresas una gran capacidad de manipulación (la mayoría de las veces fraudulenta) de las variaciones en los precios de las acciones, reforzando el poder de los gerentes sobre los accionistas y, por lo tanto, su capacidad de apropiarse parte de las ganancias normales de las empresas. En tal marco, las importaciones crecieron a un ritmo más veloz que la demanda agregada. A su vez, el ingreso disponible (la capacidad de gasto) creció menos aún que el producto. Por tanto los gastos en consumo crecieron mucho más que el ingreso disponible de las familias.

Hubo, por ello, un enorme aumento en la disponibilidad de crédito para las familias de ingresos más bajos (trabajadores), donde crédito al consumidor se concentró en el 80% más pobre. Esta “creciente sustitución del salario por el crédito” como la denomina el economista brasileño Franklin Serrano- fue lo que mantuvo el consumo agregado creciendo a tasas razonables en un contexto de relativo estancamiento del salario real de la mayoría de los trabajadores. Emerge así el problema central de la economía americana actual: la necesidad cada vez mayor de sustentar el crecimiento del consumo a partir de la expansión a su vez mayor del crédito y del endeudamiento de la mayoría de las familias más pobres, cuyo ingreso aumentó muy poco debido a la concentración del ingreso en pocas manos. Por ende, dado que el ciclo económico americano sigue un patrón que consiste en “primero casas, después automóviles, luego la inversión de las empresas”, ahora la reversión cíclica comienza por el estancamiento de la construcción civil que presiona hacia la baja el consumo de bienes durables y finalmente reduce la inversión.

El crecimiento acelerado del crédito inmobiliario y del precios de los inmuebles es el resultado directo de la fase de desregulación financiera vigente desde 1999. La característica central es la enorme expansión de la *securitización* de los préstamos inmobiliarios (que son transformados en simples bonos susceptibles de especulación), lo que derivó en una burbuja inmobiliaria concientemente inflada desde los tiempos de Alan Greenspan. Enseguida devino claro que la burbuja no iría muy lejos si los títulos (de alto riesgo) no podían ser vendidos con facilidad. Allí la creatividad financiera hizo que fueran “mezclados” en complejos paquetes financieros, donde se combinaban préstamos de alto riesgo con otros más atractivos.

Esta brevisima descripción de la crisis americana, que debería ser punto de partida de un análisis más exhaustivo, revela que la debacle actual es la resultante compleja de un encadenamiento de decisiones de política económica, a su vez producto de la dinámica del conflicto de clases y de sus relaciones de fuerzas. En ese encadenamiento no hay ausencia de errores, omisiones y exageraciones de parte de personajes poderosos con eficacia en el proceso real. Dicho de otro modo: la actual situación de crisis no era inevitable, como tampoco era “inevitable” la Edad de Oro del capitalismo mundial ni tampoco es “inevitable” la injusta distribución de la riqueza imperante actualmente.

Lejos de la lucha de clases concreta y real, en ciertos discursos de izquierda emerge el capital como “sujeto” que pre-determina los acontecimientos (de crisis), y donde los factores relevantes de la historia, como las clases y sus representantes, las ideologías, los partidos y los sindicatos, etc., aparecen como meros “títeres” representando una comedia de la cual no son autores ni hacedores reales. Pero, precisamente, *como no hay nada predeterminado*, es que esta crisis genera tanto temor en el poder: sencillamente no sabemos su resultado final. En tal marco, completando esta visión *filosófica* de la historia, hay quienes sostienen, con absoluta prescindencia de la situación real, que la salida para los trabajadores norteamericanos “pasa por el socialismo” y que más que “salvar a los capitalistas hay que expropiarlos”. Las soluciones reales, sin embargo, las menos dolorosas para los sectores populares, podrían paradójicamente ser el rescate de los grupos financieros “sistémicos” de los cuales depende la suerte de conjunto de la economía norteamericana, para evitar mayores impactos sobre el empleo y los ingresos. Lo único que sabemos con certeza es que ninguna salida estará exenta de enormes costos sociales y económicos.

